

Cuerpos sacrificados y exhibidos como víctimas o sicarios del crimen organizado

Bodies sacrificed and exhibited as victims or hitmen of organized crime

Cecilia López-Pozos

Correspondencia: clpozos@outlook.com

Profesor-Investigadora. Universidad Autónoma de Tlaxcala, Facultad de Trabajo Social, Sociología y Psicología

Fecha de recepción:

01-junio-2020

Fecha de aceptación:

20-agosto-2020

Resumen

La población juvenil de la Región del Altiplano Central Mexicano, que ha padecido persistentemente diversas violencias, creció en un contexto precario de injusticia social, circunstancias que la han vulnerado para sucumbir a la oferta del crimen organizado, cuya acción oscila de víctimas a victimarios. La metodología empleada es cualitativa, con base en la descripción del problema a desentrañar. Los resultados recalcan el sentido banal de “la vida nuda”, en donde la muerte tétrica se asume como algo natural. En el contexto de la guerra del narcotráfico el cuerpo sacrificado se utiliza como técnica de control social, y la develación del mismo muestra el escenario del “teatro del terror”, causando un trauma a nivel individual y colectivo en una latente violencia psicológica, con angustia permanente expresada en miedo e inseguridad.

Palabras clave: cuerpo, sicarios, crimen organizado, jóvenes, terror.

Abstract

The youth population of the region of the Mexican Central Highlands, which has persistently suffered various types of violence, the youth population grew up in a precarious context of social injustice, circumstances that make them vulnerable to succumbing to the supply of organized crime, whose action ranges from victims to perpetrators. The methodology used is qualitative, based on the description of the problem to unravel. The results emphasize the banal meaning of “la vida nuda” where gloomy death is assumed as something natural. In the context of the drug war the sacrificed body is used as a technique of social control and the revelation of the body shows the scene of the “theater of terror”. Causing trauma at the individual and collective level in a latent psychological violence, with permanent anguish expressed in fear and insecurity.

Key words: body, hitman, organized crime, young boys, terror.

El cuerpo es aquel en el que se leen los desarreglos y, eventualmente, el restablecimiento de los lazos entre individuo, sociedad y cosmos. Es así también el lugar en el que se inscriben las huellas de la violencia estructural y de las relaciones de dominación social.

Anne Yvonne Guillou

Introducción

El narcotráfico es un problema global que se ha extendido en diferentes regiones mundiales con sus peculiares características. En el continente americano se ha desarrollado como una pandemia sin precedentes entre los países productores y consumidores. Estados Unidos es una de las naciones con el mayor consumo de todo tipo de estupefacientes a nivel continental, hecho que ha provocado que las naciones circunvecinas productoras y de traspaso se hayan ampliado en vastas regiones controlando el trasiego de norte a sur del continente, desde hace muchas décadas, bajo el amparo de una diversidad de estructuras corruptas. Estas circunstancias han favorecido una enorme expansión de redes regionales, nacionales y transnacionales que han tomado como rehén a la población juvenil más vulnerable, según la United Nations Office on Drugs and Crime, World Drug Report (UNODC, 2011).

En este contexto, México es uno de los países que se insertó en los esquemas internos y externos de la expansión global del narcotráfico bajo estructuras económicas muy peculiares del crimen organizado,¹ sobre todo como país proveedor en diferentes regiones del mundo, pero principalmente a los Estados Unidos, cuyas circunstancias socio-históricas han perpetuado una mutua dependencia, entre el allá y el aquí, recreando una mutua complicidad.

Los jóvenes y adolescentes que, desde temprana edad, han vivido bajo estructuras de vulnerabilidad, pobreza, desempleo, subempleo, precarización y relegados socialmente, son excluidos de los mercados formales e inhabilitados para competir laboralmente a nivel local, nacional y global, condiciones que los predispone a involucrarse en ambientes de informalidad, paralegalidad y narcotráfico, con las consecuencias que eso conlleva: padecer

¹ El término a nivel general abarca todos los tráfico prohibidos: el juego, la prostitución, las diferentes formas de comercio sexual, la falsificación de moneda, así como secuestros y extorsiones. Los fenómenos criminales de mercado y, especialmente, las prohibiciones penales que pretenden prevenirlo o erradicarlo, lo hacen mediante una aproximación a una criminalidad económica tomando en cuenta su naturaleza. Es decir, se reconoce una dimensión elemental de la realidad económica en donde se desarrolla (Zaffaroni, 2007).

tanto la muerte física como la psíquica. Esta vulnerabilidad permite su cooptación por los líderes de los cárteles, quienes les introducen en un mundo dual de víctimas-sicarios, y entre rituales macabros continúan viviendo en la marginalidad, practicando el terror y la tortura como vínculo sádico de reivindicación y reparación a sus faltas básicas de desarrollo (Valenzuela, 2015; Carrera, 2018; Strickland, 2019).

En este escenario, la población juvenil vive bajo el control social y el poder letal del crimen organizado, responsable de instituir una sociedad juvenil vulnerable e intensamente violenta, cuyas acciones devienen en una interminable escalada de venganzas, muertes, desapariciones y levantones; operaciones vividas en un ambiente de muerte y zozobra.

Las conductas de estos individuos han invadido más allá de su contexto violento, ahora ya no son solo los partícipes, sino la población civil también ya es parte de la escena, quienes asombrados tienen que presenciar actos corporales degradantes a la vista y al olfato. Las condiciones agresivas actualmente obligan a la ciudadanía a adaptarse en esas situaciones, bajo un silencio permanente de miedo y a la vez, azorados por el acoso y control social despiadado que impone la violencia del crimen organizado (Berlanga, 2015; Suárez, 1991; Mbembe, 2011). Ante esta problemática que aqueja al país, el Estado se ha visto incapaz para detener este caos de “nuda vida” en diferentes territorios controlados por el crimen organizado (Agamben, 2003).

Tomando en cuenta que el *continuum* de violencias y la vulnerabilidad favorece el control social de la juventud que sucumbe a la oferta del crimen organizado, el objetivo de esta investigación fue indagar la violencia que infringe tal fenómeno como estrategia de dominio y control en la población juvenil, así como describir el terror corporal en el que se inscriben códigos macabros que disminuyen las fuerzas físicas, cognitivas y emocionales. De esta manera, se buscó responder a las siguientes interrogantes: ¿cuál es la finalidad del control social que ejercen los grupos delincuenciales en los jóvenes? ¿Por qué utilizan el cuerpo como un instrumento de terror irracional? ¿Por qué los jóvenes se asumen como víctimas y verdugos recreando un escenario traumático para toda la sociedad? Cuestiones que no pueden ser respondidas de manera superficial ni unilateral o, simplemente, calificarse como conductas desviantes y patológicas.

Así, la hipótesis planteada confirma que el crimen organizado utiliza el cuerpo físico de sus víctimas como un instrumento de control físico y psíquico, mediante códigos macabros que desentrañan el trauma de la guerra. Develando un escenario tétrico que ocasiona miedo y

angustia en toda la población. Por lo tanto, se desarrolló coherentemente una visión general de las violencias que se viven en el contexto para develar la historia de vulnerabilidad que predispone a los jóvenes a ingresar a los grupos criminales, asumiéndose como verdugos y víctimas, ocasionando con sus disparidades traumas individuales y tragedias familiares.

1. La triada perversa de un *continuum* de violencias

La violencia que emplea el crimen organizado contra la juventud se ha globalizado mediante diversas estrategias de exterminio como una forma de control social, expansión y dominio, que marca la particularidad histórica, social, económica y política en cada región (Tranfaglia, 2008).

En el continente americano, y en concreto en América Latina y el Caribe, la juventud vive una violencia terrorífica a manos de una variedad de grupos delictivos (locales, nacionales y transnacionales), organizados como bandas, pandillas, maras y cárteles dedicados al narcotráfico que reclutan a jóvenes (varones y mujeres de entre 15 y 19 años) como parte de su ejército.

Bajo un control de consumo acumulativo de todo tipo de estupefacientes y una vez enajenados y adictos, son entrenados para ejercitarse como verdugos y así poder participar en actividades clandestinas criminales, lo cual implica que en esta franja poblacional se concentre el mayor número de homicidios y todo tipo de violencia (Valenzuela, 2015; Strickland, 2019).

La tasa más alta de criminalidad juvenil se acrecienta y extiende en los mercados ilegales, que incluye tanto mercancía ilícita como el tráfico con seres humanos y drogas prohibidas que se comercializan en diferentes formas mediante estafas, venta de armas, contrabando y otros tantos delitos. Son acciones paralegales que sostienen la demanda del mercado ilícito y contribuyen a renovar o ampliar sus estructuras con el propósito de maximizar las ganancias, independientemente del costo de vida, la subordinación y la corrupción (López, 2018; IDHAC, 2009).

Bajo esta dinámica de consensos y acciones ilegales se institucionalizó una forma de vida paralegal bajo la sombra de una **violencia estructural** de antaño, caracterizada por un sistema corporativo de complicidad, corrupción, represión y contubernio que protegió y amparó a las diferentes estructuras criminales, generando así figuras identificables

como: “narcopolicías, narcojudiciales, narcojueces, narcopolíticos, narcofuncionarios, narcoempresarios, narcosacerdotes y narcomilitares que recrea un estado adulterado” (Valenzuela, 2015, p. 32). En estas condiciones, la violencia se normalizó y poco a poco se fue convirtiendo en el lenguaje común de la cultura del narco mexicano, que generó un ámbito de desconfianza e inseguridad, así como una ola de escenas aterradoras.

En estas circunstancias sociohistóricas, México vive en la memoria colectiva un *continuum* de sus propias violencias que se reviven constantemente con la severidad terrorífica, infringida al interior y exterior de las diferentes organizaciones dedicadas al narcotráfico, en un escenario que remite a considerar las diversas violencias como base de análisis para ampliar la reflexión etnopsicológica y así entender los horrores del trauma que causa “la guerra del narcotráfico”. Solo así se pueden razonar las controversias geopolíticas de eventos y atrocidades que se cometen y que no pueden ser visibilizadas ni analizadas bajo una sola óptica (Pereyra, 2012; Rodríguez, 2016; Astorga y Shirk, 2010; Galtung, 1996).

La violencia **estructural** ha carcomido la historia de México a lo largo de los siglos, los efectos percibidos han causado un daño permanente en la satisfacción de las necesidades humanas básicas (la supervivencia, bienestar, identidad y libertad); por ello, los resultados han sido una estratificación social escindida, quedando al descubierto la desprotección de la sociedad bajo la sombra de la desigualdad e injusticia social, que se potencializan en la institucionalización de estructuras corruptas, mismas que se ven reflejadas en diversos problemas sociales al dejar marcas indelebles y visibles: “Tanto en el cuerpo, como en la mente y en el espíritu a nivel individual y comunitario” (Agamben, 2003; Arendt, 2006, p. 79).

En este espacio social, carente y azorado por la violencia (a lo largo y ancho de las zonas rurales del país, semiurbanas y urbanas), han nacido y crecido los jóvenes que cubren la franja de la población desempleada, excluida de la educación, del trabajo formal y que por su propia “condición de vulnerabilidad están más expuestos a ser sacrificables, proscritos, prescindibles, ubicados en los márgenes de los espacios sociales de exclusión” (Valenzuela, 2015, p. 16-17).

A la sombra de estas condiciones de alta vulnerabilidad, el crimen organizado se ha establecido como la única oportunidad de desarrollo “laboral”, aunque también aliarse a la delincuencia es mantener una forma de visibilidad y revancha social, que permite recrear escenarios de guerra sucia interna entre distintos bandos. En ese contexto, los jóvenes se

transmutan de víctimas a victimarios, luchando en escalada por competir, ascender y obtener mejores ganancias a través del intercambio de vidas humanas; las acciones de flagelo y exterminio total, les permite originar y reproducir la muerte como únicos dueños y señores de la vida de los **otros**, y de la naturaleza; sin embargo, tales operaciones alteran la paz, la convivencia a nivel individual y grupal, porque infringir la **violencia física** al utilizar el cuerpo es el instrumento simbólico de la destrucción del Yo, de la experiencia propia de sí mismo y de su persona (Jean, 2009).

Es decir, el cuerpo es tomado como un objeto de intervención y destrucción para transformarlo en un símbolo de catástrofe social y biológica del otro (Reguillo, 2015; Douglas, 1970; Galtung, 1996). Mediante el estupro, la mutilación y decapitación, entre otras tantas atrocidades que hace el crimen organizado, se perpetra una crueldad exacerbada, alterando la vida psíquica, física y social de la sociedad, así como la transformación del espacio social que entre tantos horrores contaminan y laceran la visión óptica del medio ambiente, mancillando a la naturaleza, cuestión que influye en el deterioro de la salud mental de la población en general como lo testifica Simón:

“Te sientes impotente, aquí en el pueblo y a las afueras empezaron a aparecer cuerpos degollados y cabezas con pedazos de cuerpo. Fuimos a denunciar y no vinieron las autoridades, así se quedó casi todo el día, y los niños pasaban, otros con morbo preguntaban: ¿quién es? Aquí todos sabemos quiénes andan en malos pasos. ¿Qué pasa? Vino el ministerio, se llevaron a unos, estuvieron algunos meses entambados, y otra vez los tienes aquí, siguen haciendo sus fechorías” (Simón).

La violencia, junto con la corrupción, ha sostenido los actos arbitrarios mantenidos por el miedo ataviado de complicidad entre ciudadanos comunes y bandos (víctimas como verdugos); se solapan y protegen al verse favorecidos con dádivas y mutuos favores. De esta manera, va quedando al margen la aplicación de la justicia y, por antonomasia, acontece que se cae en la legitimación de la violencia que da lugar a la **violencia cultural** a través de la interiorización de actos cotidianos de terror que se banalizan y se asumen con naturalidad. Esto origina que el sentido de los valores transmute, se acepte y asuma como normal. Un ejemplo de ello son los **huachicoleros**:²

² Es el nombre que se asigna a las personas que roban la gasolina de los ductos de Pemex.

“Nosotros robamos el petróleo porque es nuestro. No es del gobierno. Es de todos los mexicanos. Además, este es un trabajo como cualquier otro, si otros roban, yo, por qué no voy a robar. Chinga primero, porque atrás otros vienen chingando”
(Octavio).

Las prácticas deshonestas ya no pasan como un antivalor, más bien la cultura asume, repite, incita y retroalimenta hasta reproducirlos como algo normal o natural y que, ante todo, va negando las consecuencias malsanas de dicho proceder. Esta naturalización se complementa y se repite en el ideario compensatorio de los jóvenes involucrados en actividades ilegales del narcotráfico, que hartos de las carencias, falta de oportunidades y de una vida de constantes frustraciones encuentran como única solución a sus privaciones la posesión del dinero que puede aliviar la complacencia de una vida carente y efímera, sin darse cuenta que pasan de vulnerables a seres desprovistos de la capacidad de elección y respuesta ante la problemática que les aqueja (Galtung, 1996; García, 2015).

Desafortunadamente, la mayor parte de la población juvenil internaliza que la auténtica solución a sus problemas es la ganancia económica, independientemente de la duración y de cómo la obtengan. Este pensar les permite apaciguar las necesidades internas de seguridad para conducirse a un estado compulsivo de arbitrariedades, situación que se inclina más cuando carecen de una posición existencial o una razón vital que dé sentido a sus vidas, es así como presentan una falta de conciencia de límites de sí mismos a la vez que violentan los derechos del **otro**, en perjuicio del bien común para buscar compulsivamente su propia autogratificación (Silva, 2006).

Los jóvenes que viven desde la primera infancia el abandono total y desamparo emocional, son más vulnerables al control social, por lo que sometidos (de manera voluntaria o forzada) obedecen pasivamente para reparar las fallas o carencias internas y compensar en la revancha social su sentir de “la vida no vale nada”, aunque ello implique exponer su vida a la muerte sacrificable. Una *vida sacer*, negada a gozar del bienestar, “vida que no es vida”, y que fácilmente es arrebatada, vacía de implicaciones jurídicas y sociales (Agamben, 2003; Reguillo, 2007).

Este proceder se expresa y justifica por el padecimiento de un *continuum* de violencias que favorece la exaltación de un **yo falso**, representado en un mecanismo infantil (de identificación con el agresor) como una forma de reparar el daño sufrido que se proyecta

en los otros. Frase inconsciente que se convierte en una profecía autocumplida y evidenciada al cosificar y deshumanizar al **otro** en atropellos machistas compensatorios y sádicos de control: “Un hombre se siente más hombre cuando se impone a sí mismo y convierte a otros en instrumentos de su voluntad [lo que le proporciona] incomparable placer” (Sartre; como se citó en Arendt, 2006, p. 50).

La **violencia física**, infringida de manera corporal, se complementa con la verbalización agresiva y la exhibición vergonzosa en la degradación viril que se aplica en la muerte violenta de miles de jóvenes causada por otros jóvenes. En esta degradación humana se derrumbó la esperanza que México tenía en la juventud (de entre 16 y 24 años) para que estos fueran la punta de lanza y salir del mal llamado tercer mundo; por el contrario, actualmente, hay un luto nacional causado por el crimen organizado, en donde la población juvenil es la más expuesta, porque son quienes cargan con gran parte de la responsabilidad, debido a que (a costa de cualquier cosa y acto) son sacrificados a fin de mantener las ganancias económicas, aunque para lograrlo sean tratados como instrumentos de cambio y desecho (López, 2018; Strickland, 2019).

Su tarea es hacer y exhibir los cuerpos desfigurados, cuya integridad física consiste en fragmentarla hasta convertirla en una masa maloliente o en cúmulos de huesos y cenizas para que, simbólicamente, ya no comuniquen absolutamente nada. Sin embargo, muestran todo lo contrario; ahora esa apariencia comunica un reclamo de humanización que se ha desvanecido ante la arbitrariedad del horror y del terror que aplica el crimen organizado a sus víctimas bajo circunstancias míseras de deshumanización, en las que se banaliza la esencia humana y se crean situaciones psicológicas cada vez más perversas que refuerzan la violencia inmisericorde (Arendt, 2003; Mbembe, 2011).

2. Estrategia metodológica

El territorio mexicano (admirado por su flora y fauna, con sus colores extravagantes y vistosos) actualmente se ha obscurecido y transformado en tétricas zonas que describen a un cementerio nacional. Los cadáveres son expuestos en fosas clandestinas o guardados en tráileres que deambulan de un lugar a otro, que pasean cuerpos como desechos humanos y que permanecen en calidad de desconocidos o desaparecidos. En tanto que otros cuerpos, también mutilados y desmembrados, aparecen apilados en lugares públicos, deteriorando el hábitat

humano, tanto que la escena al descubierto es digna de un espectáculo terrorífico, acrecentada cada vez más en actos insaciables para el ejecutor.

Para estudiar esta realidad compleja se retomó la etnografía de la violencia, como una metodología adecuada para analizar el *continuum* de violencias en el contexto histórico-social que vive la población juvenil de la región del Altiplano Central Mexicano, que contiene en sí una singularidad de mecanismos culturales y consecuencias psicosociales.

El trabajo fue realizado durante los meses de febrero a mayo del año 2019, en zonas limítrofes del estado de Tlaxcala, en los municipios de Calpulalpan, El Carmen Tequexquitla y Tepetitla; estos lugares que experimentan este fenómeno son regiones de estudio que bien vale la pena voltear a ver. Posteriormente se seleccionó la muestra de manera intencional; es decir, jóvenes oriundos de la región de análisis vinculados a un grupo criminal o que practicaran algún tipo de actividad delictiva. Se eligieron a 10, en un rango de edad de 16 a 24 años.

La entrevista en profundidad se basó específicamente en un eje. Dicha circunstancia propició el ingreso al grupo delictivo y participación en actividades punibles asociadas a la mutilación de cuerpos; además, se integró “como herramienta estratégica de análisis la imagen como dato sobre una cultura y como técnica de investigación” (Ardèvol, 1998, p. 218). Con este panorama visual, el análisis se encuadra en la imagen como portadora de información por sí misma, y como documento etnográfico que devela la simbología del cuerpo sacrificado como dispositivo de control social.

En su conjunto, estas técnicas muestran las condiciones de violencia inhumana que se vive en las zonas marginales donde la actividad principal es la delincuencia, por lo que este análisis develó el vínculo sádico de consecuencia del *continuum* de violencias estructurales, físicas y culturales que subsisten tanto bajo la manipulación política de los fenómenos en pugna, como de las desigualdades económicas y sociales favorecedoras de los efectos del trauma de **la guerra del narcotráfico** (Beneduce, 2008).

Por otra parte, la metodología consigue dilucidar nuevas categorías locales-psicosociales incrustadas en regímenes represivos entre grupos inconformes que luchan por mantener bajo su control determinado territorio, controlando de esta forma a la sociedad a partir de las tácticas de extrema violencia, así como de burlar a las instituciones que en su fragilidad moral y corrupción han relegado al olvido a la juventud (Desjarlais y Kleinman, 1994; Reguillo, 2012).

Es importante aclarar que la revelación completa de las condiciones y circunstancias expuestas por los entrevistados no se pueden describir en su totalidad, toda vez que, dadas las características del contexto, existe un riesgo permanente para la investigadora. Por lo tanto, las informaciones quedan en el total anonimato, a fin de proteger la identidad de los participantes.

3. Análisis de resultados

3.1 La naturalización de la muerte macabra

Una vez analizadas las categorías y subcategorías, se realizó una exhaustiva indagación acerca del uso del cuerpo como estrategia de control social, obteniendo los siguientes resultados.

La violencia infringida por las diversas organizaciones criminales ha traído infinidad de consecuencias a nivel social, psicológico y cultural, así como la destrucción en masa de personas implicadas en masacres, atrocidades, desapariciones forzadas, y un abierto conflicto de desconfianza y complicidad entre la sociedad que se percibe en un estado de guerra silenciada por el miedo y la impotencia. Al respecto, Sicilia (2017) refiere que no es tanto la puesta al desnudo de las atrocidades que sufre a diario el pueblo mexicano, sino la capacidad que tienen los mexicanos para anesthesiarse delante del horror, invisibilizándolo y tomando las escenas como normales. No solo se ha llegado a una acostumbrada insensibilidad ante el dolor percibido, también se ha cambiado el sentido del morir.

Tradicionalmente, en la región del Altiplano Central Mexicano la fiesta acostumbrada de los muertos celebra un día especial para cada uno de los difuntos, según las circunstancias del deceso. Incluye a infantes, adultos, varones y mujeres que murieron por causas naturales, así como los muertos en desgracia porque fenecieron en accidentes y que, de alguna manera, remite a una muerte inesperada y agresiva. Esta no ha considerado a los fallecidos cuyos cuerpos fueron encontrados en condiciones de descomposición, mutilados, desgarrados, fragmentados y decapitados; no forman parte del ritual de los muertos, a lo sumo, son nombrados como “los muertos más allá de la desgracia” o “los muertos del narco”; por lo que la violencia criminal terrorífica ha cambiado el sentido de la muerte, ya que no existe un lugar de reposo para estos.

Tan solo en los últimos tres años, miles de cadáveres han cambiado el contexto de la foresta en una tumba fúnebre sin lugar específico de descanso y paz como lo hacían nuestros antepasados. “Los muertos más allá de la desgracia” son localizados en fosas clandestinas, otros colapsan las morgues de las ciudades más violentas y, en muchas ocasiones, sus cuerpos yacen tirados en el piso como desechos humanos o apilados en tráileres porque no hay lugar en los cementerios.

En cualquiera de esos escenarios, los muertos no descansan, sus cuerpos son el escenario tétrico de la ignominia del medio ambiente y crean un estado emocional de tensión, miedo y angustia (CNDH 2019; Osorio 2018; SEMEFO, 2019; Valenzuela, 2012). Haciendo mención en cifras, la Comisión de Derechos Humanos (CNDH, 2016), en el *Informe sobre la Desaparición de Personas y Fosas Clandestinas en México*, contabilizó de 2007 a 2016, 855 fosas y 1,548 cadáveres. El Sistema Universitario Jesuita de México (2018) registró 1,608 fosas y 3,040 osamentas encontradas en el periodo de diciembre 2006 a julio 2016. El Quinto Elemento, Laboratorio de Investigación e Innovación Periodística, A.C. (entre el 2006 al 2016) contabilizó 1,978 fosas y 2,884 osamentas (CNDH, 2016; Sistema Universitario Jesuita de México, 2018; Guillén, Torres y Turati, 2018).

Como se puede observar, las instituciones no gubernamentales develan un escenario en el que “ni los muertos tienen descanso”, justamente como refiere Agamben (2003), están expuestos a una **nuda vida**, porque los espectadores naturalizan la muerte malsana a manos de los diferentes grupos dedicados al narcotráfico.

3.2 Cuerpos sacrificables, instrumento de control social

En algunas culturas, el cuerpo es el instrumento idóneo de la aplicación estética, la belleza y el placer, para los países como México (que viven bajo diversas circunstancias de terror y que enfrenta las consecuencias de **la guerra del narcotráfico**) se transformó en “Una estructura simbólica, una superficie de proyección de la perenne dialéctica entre el individuo y el mundo social, entre su estrato biológico y su identidad cultural” (Liuccio, 2003, p. 9).

En este contexto violento, el cuerpo constituye la construcción cultural, social e histórica específica, transformado en el medio eficaz para ser sometido al castigo del sistema de control y, al mismo tiempo, en un instrumento natural del hombre. Es decir, en un medio técnico para la expresión de las emociones, de la “afirmación del yo, del dominio de sí mismo

y del control al que se puede aplicar rituales de inclusión o de exclusión” (Liuccio, 2003, p. 9).

Sin embargo, para Jean es: “Una extensión, una exposición. No solamente es un cuerpo expuesto, más bien siendo un cuerpo se expone así mismo” (2009, p. 67). Esto infiere que una vez exhibido, puede ser instrumento de inscripciones corporales, sociales y culturales que se hacen directamente al “Yo piel”, a base de un moldeamiento macabro de exclusión (Dei, 2013; Martínez, 2011), como bien refiere el siguiente testimonio:

“Te llaman, chin... ya sabes para quién es el trabajito... lo tasajeas, o lo despachas y lo tienes que llevar a donde ellos te digan. [...] Como un escarmiento para los contra [...]. No te niegas, es tu trabajo, y son ellos o tú. Así es esto.

Otras veces les llevas los encargos [refiriéndose a los cuerpos], como una advertencia, de todos modos, ellos te hacen lo mismo [...]. En esta chamba, o son ellos o somos nosotros” (Julián).

Tal advertencia o exposición se convierte en un signo de pertenencia a determinado grupo, así como de exclusión en la deshumanización de su condición humana; transmutar en cuerpos desfigurados es, según la función de la pertenencia social, el rol que desempeña o el grado de deslealtad dentro de determinada organización criminal.

En este sentido, el cuerpo se constituye en una metáfora de control social, así como de condena en el que el crimen organizado inscribe un nuevo tipo de relaciones que oscilan entre el castigo, la advertencia, la sumisión y la eficacia (Foucault, 2012). Con ello se infringe una violencia criminal directa al cuerpo que revela la entidad secreta de su intimidad, objeto clave de destrucción, tanto como medio y como fin (Goffman, 2012). En esta forma, el cuerpo es el instrumento idóneo del delito de crueldad, el fin es causar la mayor cantidad de dolor en la esencia del sí mismo como la parte íntegra que la víctima considera lo más sagrado y que puede ser destruido; pero, al mismo tiempo, puede convertirse en mero instrumento de profanación (Dei, 2013).

Eligiendo signos particulares de pertenencia a fin de llegar a la masacre, a profanar aquello que ya no existe físicamente y cuyo placer es buscar la victoria en la acción total del perpetrador aplicando las estrategias de aniquilación histórica, de matar a todos los miembros de una comunidad (Nahoum-Grappe, 2002, p. 555).

La violencia criminal utiliza estrategias de aniquilamiento en códigos y formas que se inscriben en el cuerpo que es objeto directo de su fijación malsana. El torturador lo somete al sacrificio y, estratégicamente, lo degrada e inflige dolor, primero mediante golpes (castigos corporales cuya intensidad aumenta gradualmente), después hace que el dolor sea simplificado en el cuerpo del sufriente con el fin de que los espectadores entiendan el mensaje de poder y control. Por otro lado, los torturados, incapaces e indefensos, niegan el dolor y se asumen como instrumentos de dominio. Así, en este juego perverso, la tortura logra su cometido: la confesión que se arranca con dolor y que es traducida como autotraición del confesado. Al final de su vida se convierte en “el agente de su propia aniquilación” (Lotto, 2011, p. 5; Dei, 2013).

De este modo, en la tortura, el cuerpo funciona como destino e interés final para los verdugos que buscan desaparecer la palabra, destruyendo el cuerpo que (lacerado por el dolor) se convierte en el principal objetivo de dominio; mediante la coacción física y de terror logran la destrucción total, circunstancias que el verdugo aprovecha para actuar en total seguridad e impedir a la víctima entender lo que está padeciendo (Patierno, 2016).

“Los castigos que te dan es por traición o porque se encubre a tus contras, o porque no te pagan o se pasan, y solo aplicándosela se alivianan [...]. Según lo que hagan son las madrinas y ni chistan, aquí nadie se salva de morir. Luego hay que quemarlos, tazarlos o de plano despedazarlos [...], con esto otros entienden”
(Julián).

De allí que la tortura tenga como finalidad conducir a los cuerpos mutilados a la destrucción del sí mismo, reduciéndolo a la *nuda vida* para perder la **forma humana** que ante su fragilidad y debilidad queda del todo sometida, porque la desfiguración corporal está reflejada en la psique, sometiéndola a la miseria física, psicológica y moral (Mbembe, 2011). Bajo esta tortura fenecen y se exhiben los cuerpos sacrificables que, degradados y profanados, muestran el telón de fondo del terror del crimen organizado.

3.3 Vínculo terrorífico entre la osadía y la culpa

En la dinámica interna de la organización criminal realizan el juego binario codependiente entre víctima y verdugo. Empero, cabe cuestionarse, en este juego perverso, la mutua dependencia entre las emociones de culpa y osadía. ¿Quiénes son estos sanguinarios que sucumben en la misma oscilación de profanación y muerte? Sironi (2001), citando a Michel de Certeau, se refiere a estos esbirros como “la marca en la carne”. Son aquellas personas comunes que desclasados del entorno social buscan el ascenso al poder mediante la degradación del **otro**.

Utilizan estrategias de miedo y delación con la finalidad de obtener un lugar en la escala de los jefes que los legitime por la arbitrariedad de su violencia, y que en su afán de reconocimiento sucumben al mandato mortuorio como sicarios selectos. En este mismo sentido, Arendt (2003) refiere que los verdugos son y actúan como “personas normales”, solo que están sometidos a consumir su propia agonía bajo las técnicas horribles que aplican en su rol de victimarios o sicarios.

Intimidan a la sociedad con el castigo físico, imponiendo su autoridad mediante la sangre y el fuego, con violencia sistemática y dirigida, aplicando el proverbio chino “*mata a diez para intimidar a diez mil*”, entre más sanguinario y cruel sean mejor control se tendrá en el medio social. El sicario, no mata, asesina con eficacia y saña, con sanguinaria crueldad pues es el brazo ejecutor de los capos, por lo que aparte de su efectividad se trata de la intimidación que se consigue con el actuar, buscando la imposición del miedo [...]. Lo único que los orienta es la recompensa económica, sin proyecto alguno (Pérez, 2014, p. 10).

En este ámbito de agresión y muerte, los jóvenes se debaten en una revancha social (como soldados del narco), sometiendo a sus víctimas bajo la violencia corporal y actuando como máquinas de desintegración humana en la multiplicidad de homicidios, cuya finalidad es mantenerse como élites dominantes o convertirse en miembros de estas para realizar acciones reparadoras de identificación con el agresor, que los coloca al colapso psíquico y al deterioro de la salud mental en el Síndrome de ansiedad generalizada (Freud, 1978). Así lo refieren los siguientes testimonios:

“Te sientes con ganas de correr, o hay veces que te encierras y no piensas, solo que te dan como nervios, y también por eso un toquecito (se refiere a la cocaína o a la mariguana) te controla, como que te pone suave”.

“Tablear es lo de menos. Lo fuerte es cuando tienes que hacer encargos especiales, y tienes que hacerlo, sin pensar, porque está de por medio que, si no le toca a él, te toca a ti. Y para funcionar tienes que entrarle a todo, sea piedra, cocaína, lo que te haga sentirse bien chido para “los trabajos”, porque, como te digo, estamos en esto, y ya sabes a qué le entras...”

Los que están arriba, llevan más tiempo y, chin, se les obedece, y todo lo que se le hace es porque se lo merecen. [...] Porque tú no vas a tocar a alguien que no ha hecho nada” (Éder).

Independientemente del trastorno interno de ansiedad que padecen, la ingesta compulsiva de todo tipo de estupefacientes funciona como estimulante de la propia autoagresión que se justifica para actuar sanguinariamente. Aunque asumen una actitud apática e indiferente, lo que proyectan es un estado de melancolía que disfrazan de arrogancia, superficialidad, revancha y venganza (Galtung, 1996; Imbert 1992). En esta relación ambivalente existe, para sí mismos y para los demás, una mezcla de códigos tétricos que oscilan entre el juego de la muerte, así como de la vida para demostrar que “Lo que para nosotros son *problemas* se trata de cuestiones construidas en la carne y en la sangre de los jóvenes” (Arendt, 2006, p. 29), de estilos de vida que repercuten en la vida psíquica de los verdugos o victimarios.

De esta forma, la tortura es la técnica eficaz a través de la cual los torturadores instauran un orden binario: “Eliminar lo sucio porque el limpio pueda continuar funcionando” (Michel; como se citó en Sironi, 2001, p. 20). El torturador siempre tiene ganancias económicas y de poder, así como el derecho o control social de la vida del enemigo. Y mediante la estrategia de la guerra sucia se somete a un funcionamiento dicotómico y escisión total: por un lado, la cultura interiorizada de pertenencia a un grupo criminal; y, por el otro, buscan el ascenso a costa de la vida del otro, eliminándola con una ganancia económica absurda, sin tener plena consciencia de que la vida humana no tiene un valor monetario.

“Trabajo es que lo hagas la primera vez, sí te cuesta [...]. Después ya es más fácil [...]. A quién hay que matar, a quien hay que levantar... Usted nomas diga, eso sí, de lo que usted gane, yo gano” (Federico).

“A mí me pagan 20,000 (veinte mil pesos) a la semana, que pueda matar a uno que a 100, los que se pongan” (Tomás).

Bajo esta cultura de muerte, los asesinatos como los modos de hacerlo, son simplemente por el placer efímero que ofrece el dinero, el verdugo se hace a base de la repetición y aplicación compulsiva de técnicas traumáticas con el afán de infringir el dolor extremo y profanación del cuerpo ante la víctima que se reconoce precaria, expuesta a la nulidad y fugacidad de su existencia (D’Orsi, 2013).

Sin embargo, la instrumentación de estas acciones destructivas y de aniquilamiento del otro, se convierten en el propio autocastigo y en la firma de la propia sentencia, creando un vínculo de dependencia verdugo-víctima y viceversa. Los dos participan en la memoria traumática al desempeñarse en distintas funciones dentro de los diferentes bandos: cultivadores, vendedores y consumidores de droga, halcones, topes, tapiñeros, mulas, ladrones de carros o casas habitación, secuestradores, carniceros de humanos, guardaespaldas y sicarios (Valenzuela, 2012; Strickland, 2019).

Estos actores del crimen organizado publicitan y participan en acciones horribles y, consecuentemente, se realiza una duplicidad cuerpo a cuerpo, en el que víctima y verdugo entran en contacto al aplicarse las mismas técnicas de sufrimiento y muerte, ahí donde el cuerpo del otro y el propio se funden y se transforman en el signo de “una memoria desmembrada” (D’Orsi, 2013, p. 86). De esta manera experimentan la muerte entre una mezcla de emociones y dolores (físicos y psíquicos), exteriorizados en la sintomatología neurótica de “ansiedad, obsesión y melancolía ante el devenir del terror que suscita la inanición que causa la muerte” (Natoli, 2004, p. 35).

“Yo también siento, pienso en mis chavitos, no me gustaría que se metieran con mi familia. [...]. Tú sabes a quién se lo haces, pero luego te acuerdas más, si los tienes que ventilar o colgar” (Éder).

Por consiguiente, el telón de horror queda supeditado a la exhibición de cuerpos decapitados, desollados, descuartizados, “empozolados”, entre otras tantas exposiciones, transformando lo sacro y bello en fealdad estética. En ambos casos (verdugo-víctima o víctima-verdugo) se someten al autocastigo y profecía autocumplida de morir bajo las mismas circunstancias que los muertos: “más allá de la desgracia”. Sin lugar, ni reposo, como refiere Luis.

“Tú ya sabes a qué le entras, y no sabes cuándo te va a tocar a ti. Yo desde los 16 años que me fui a Tijuana la vi cerca, y veme aquí estoy [...]. Este es un juego de la ruleta, te puede tocar o no. Eso sí, de aquí ya no sales” (Luis).

En efecto, en el crimen organizado los mismos actores juegan el mismo rol y están sometidos a padecer la misma muerte trágica en uno u otro cártel; de esta manera, al temer por su propia vida les proyecta la tarea de cumplir con la enmienda de matar, acción que también les proporciona una dosis de angustia. “Hay temor por la propia supervivencia y angustia por herir al otro, y estos dos impulsos están en guerra como hermanos que se pelean. Pero están en guerra para no estar en guerra, y este parece ser el punto fundamental” (Butler, 2006, p. 172). Pese a todo, solo son seres vulnerables y desclasados, utilizados como “carne de cañón comprados” y sicarios del mismo patrón: la muerte. Sin embargo, en vida perpetúan la agonía e incertidumbre de los vivos que restan en la espera eterna y que están sometidos a vivir en el miedo (Sironi, 2001).

3.4 El trauma de la guerra

La multiplicación de fosas clandestinas y la exhibición de cuerpos desmembrados en estado de putrefacción, muestra un panorama límite de privación, y la nulificación del cuerpo llega a su punto extremo: castigado y desheredado del vínculo social, sean víctimas o inocentes (Le Breton, 2002a). Sin embargo, a pesar de dicha degradación, estos cuerpos no sucumben ante el terror infringido, más bien perduran y se expresan en un escenario de profanación, luto y trauma como consecuencia de **la guerra del narcotráfico**. Al respecto, Beneduce se refiere a los innumerables actos de terror que son fruto de alianzas y colusiones entre hechos históricos, políticos, económicos y de dominio, reproduciendo un trauma particular.

El trauma [...] es responsabilidad de una “nueva ignorancia”. Esta ignorancia y este límite concierne no solo al evento ocurrido, a su estructura o a sus efectos psíquicos, [...] justo porque concierne a cuerpos, cosas, masacres, memoria y lugares (2010, p. 134).³

En este sentido, el trauma toma en cuenta los aspectos sociohistóricos, políticos y económicos que evidencian la experiencia traumática específica y, como tal, no se refiere exclusivamente a la experiencia del pasado (que permanece en el inconsciente y que aclara la hermenéutica del psicoanálisis) (Freud, 1978); más bien, los efectos psíquicos se reviven en la memoria, penetran en el Yo consciente, y la remembranza cotidiana evita que la tragedia se arraigue en el olvido.

Por consiguiente, los recuerdos traumáticos experimentados en la memoria se reactivan en la permanencia de **la guerra del narcotráfico**, a fuerza de la repetición compulsiva de diversos actos terroríficos, mismos que se reviven constantemente y que causan efectos psíquicos de angustia perniciosamente latente. De tal forma que las secuelas psíquicas que se suscitan, frente a la experiencia traumática cotidiana, profundizan las huellas psíquicas que recurren una y otra vez al contacto con el cuerpo, testigo vivo del dolor sufrido.

Estas evidencias sombrías de la exposición tétrica corporal (símbolo del terror-odio) se aprecian significativamente en los cuerpos desollados o desfigurados, destituidos a la nada, relegados del vínculo social y comunitario (Le Breton, 2002b). Se marcan con una simbología macabra, como signos visibles del trauma individual y colectivo, consecuencia psicosocial de **la guerra del narcotráfico**. Sin embargo, en el trauma individual, el colapso psíquico se manifiesta exacerbadamente en las víctimas. Para estas, el dolor y sufrimiento permea la memoria física, visible del cuerpo que da cuenta del horror sufrido en cicatrices o mutilaciones imborrables e inertes en su memoria durante toda la vida. En ellas, el cuerpo se convierte en memoria viva del evento pasado tal y como refiere el siguiente testimonio.

“Nosotros no supimos nada, lo buscábamos por todas partes, no supimos cómo se lo llevaron o quién lo llevó hasta por Poza Rica, como sea ya no se reconocía. [...], lo que encontramos ya estaba en descomposición y era un olor y un mosquero. [llora], No sé qué corazón tuvieron de dejármelo así. Aunque la doctora nos dijo

³ Traducción de la autora.

qué le habíamos hecho, porque en sus entrañas estaba seco. Lo habían envenenado”
(Manuela).

De esta manera se evidencia que la experiencia de terror es similar en los que sufren el trauma colectivo que se acumula a nivel grupal y comunitario como víctimas permanentes.

“Aquellos cuya historia no dice nada”, en el ambiente beligerante que incluye a los sufrientes indirectos, los familiares de los secuestrados, los huérfanos y viudas, víctimas de otras víctimas que son sometidos a convivir con los verdugos, silenciados por el temor y espectadores del “teatro del terror” porque están imposibilitados para levantar la voz y frenar dicha violencia. Permanecen mudos o sintomáticos, como heridas vivientes que, una y otra vez, escribe la historia de esta guerra silenciosa en la que “ni los muertos están a salvo del enemigo” (Beneduce, 2010, pp. 113-116).

Empero, también los verdugos, perenemente tienen que lidiar con la propia pulsión de destrucción y muerte, en una ritualidad de autotortura mental que, en ambos casos, rebasan los límites de la ansiedad (Beneduce, 2010). Adicionalmente, marcan su cuerpo que, insensible ante las emociones, sucumbe en proyecciones sintomáticas de ansiedad, reflejadas en su propio actuar, en la cotidianidad.

“Pues, aunque tú no quieras, pero chin [baja la cabeza y evade la mirada, quedándose pensativo], hay momentos que te llegan los recuerdos y no se te olvidan. [disimuladamente se seca el sudor que corre en su rostro]” (Federico).

Ante estos testimonios, víctimas, verdugos y espectadores padecen el trauma de **la guerra del narcotráfico**, ocasionado por la violencia física que remite a la violencia psicológica experimentada en intimidación directa e indirecta, ejercida en el constante atropello que causa inseguridad y que es retroalimentada diariamente por los medios de comunicación (CNDH, 2016; Hernández, 2017).

Dicho trauma se percibe en un estado de ansiedad generalizada, y se manifiesta en un síntoma psíquico de desconfianza que se asocia con la pérdida de seguridad, de confrontación y violencia en contra de la persona, su familia y sus bienes, vinculado a una sensación de incertidumbre y peligro. Aunque, al mismo tiempo, deviene la fractura de vínculos afectivos

y quiebre emocional entre familiares, amigos, vecinos y ciudadanos en común. Esto permite que padezcan un miedo derivativo (Bauman, 2007). Se trata de la expresión emocional de supervivencia ante la constante repetición de actos violentos que se viven en todas partes y que permanecen latentes, consecuencia del trauma de la guerra tal y como refiere María:

“Tú ya sabes quién lo mató, pero eso de ir y venir a la justicia y sin dinero [...]. Tu alma no descansa porque sabes cómo viven estas personas, pero teniendo el dinero que tienen qué podemos hacer. [...] Son noches de desvelo, veo mis hijos cómo preguntan por su papá y qué les digo [llora]” (María).

En estas circunstancias de intimidación, complicidad y falta de justicia, la expansión terrorífica del crimen organizado se ha sistematizado mediante “La fuerza y la violencia [...], técnicas eficaces de control social y de persuasión” (Arendt, 2006, p. 32). Frente a ello nadie está a salvo a causa de la libertad con la que operan para someter a la sociedad y sistematizar una forma de control mediante el miedo prevaleciente de un Estado desorganizado y benévolo, que se repliega dejando a las víctimas en la indefensión e impotencia. Por consiguiente, se ha instituido como una bestia voraz en la desintegración humana, por lo que el México florido (caracterizado por su alegría, fraternidad y sentido comunitario) actualmente está de luto, porque miles de jóvenes han perdido la vida de una forma degradante e inmisericorde.

Conclusiones

En **la guerra del narcotráfico** no hay horror lineal o culpabilidad única, la situación actual responde a un conglomerado de factores sociales, económicos, políticos y psicológicos; sin embargo, los jóvenes que desde temprana edad han vivido las consecuencias de un *continuum* de violencias, en un contexto de precariedad, frustración y vacío existencial. Son más vulnerables para ser víctimas de los grupos delictivos. Por lo tanto, [este](#) estudio da cuenta de la violencia corporal como táctica de control social del crimen organizado en los jóvenes, así como una estrategia de silenciar y atemorizar a la población en general.

Durante décadas en determinados territorios del país predominó la violencia física y de control del crimen organizado; sin embargo, oficialmente no se indica el término guerra (que, en su mayoría, padece la población juvenil), tampoco se mencionan las consecuencias

traumáticas que padecen tanto víctimas como victimarios, quienes conviven en un ambiente de tensión latente y mutua complicidad. Empero, esta investigación muestra cómo en una región pequeña y con menor control de grupos criminales es evidente la muerte de jóvenes, desapariciones y descubrimientos de cuerpos desollados, consecuencia malsana de la violencia infringida.

Una vez que son asimilados como soldados del narcotráfico, la línea delgada de acción se pierde, y en un escenario terrorífico se convierten de víctimas a verdugos o sicarios. En este contexto, la única certeza que tienen es que la muerte los espera, y que al final de sus vidas no tendrán un lugar de descanso ni de morada. Esto muestra y hace visible dos cosas: la primera es el temible suceso de la exposición corporal, morir sin rituales de duelo ni tumba; la segunda es quedar estigmatizado, aún después de la muerte, como “los muertos del narco”.

De esta manera se ha ido desvaneciendo la fe y la esperanza en la juventud de esta época que, por desgracia o fatalidad, sucumben a las delicias del poder del narco, quien ha sistematizado un trauma individual y colectivo, bajo expresiones sintomáticas de miedo, ansiedad, incertidumbre y angustia, sufrimiento psíquico que padecen víctimas, victimarios y espectadores.

La exposición de los cuerpos jóvenes martirizados son el signo y símbolo de representación yoica y social, cuya esencia se ha modificado con técnicas de terror, con la finalidad de mantenerlos bajo el miedo, el control social y el dolor. La degradación de la que son objeto conlleva a ser considerados un mero instrumento de martirio y trabajo en el que se graban signos de desintegración, discriminación, castigo y profanación, como el fin último que tienen los desclasados sociales, cuya representación yoica corporal (rota y sacrificada) permanece expuesta ante la *nuda vida* precaria y sin límites, inaugurando el escenario del “teatro del terror”.

La relación ambivalente entre víctimas, verdugos y sicarios permea una analogía sádica de tortura que destruye la vida del otro como la de sí mismo. Esta fractura de vínculos fraternos y comunitarios se desvanecen en la región del Altiplano Central Mexicano, bajo la sombra de la venganza y la muerte. Misma que se percibe en un estado de descomposición social las mentiras, corrupción y odio entre los desencuentros de grupos delictivos locales vinculados a determinados cárteles de la droga a nivel nacional, quienes exhiben una escalada de rivalidades y guerra sucia. En estas condiciones, la violencia se justifica como una medida de sobrevivencia y, al mismo tiempo, gracias a la repetición y expansión (a nivel nacional)

se ha naturalizado como si la pertenencia a cualquier grupo criminal fuera parte de la cotidianidad.

Por lo tanto, los hallazgos encontrados en este estudio están condicionados específicamente a la situación particular del mismo, que no se pueden generalizar a todo el contexto mexicano, puesto que las circunstancias sociales son diferentes en cada espacio social en donde domina el crimen organizado. Sin embargo, es importante considerar que estos resultados pueden ser un punto de referencia para futuras investigaciones, debido a que en la indagación de evidencias respecto al planteamiento del problema, hay un vacío en la investigación de la temática. No obstante, pese a los hallazgos la investigación presenta limitaciones en el número de participantes, ya que la búsqueda de más entrevistados y el trabajo etnográfico fue un riesgo latente tanto para la investigadora como para los entrevistados, puesto que las develaciones de particularidades de tal actividad delincinencial son consideradas riesgosas por el control tan estricto que se tiene de ellas.

Finalmente, ante la falta de políticas de protección y seguridad que brinda el Estado para solucionar esta problemática (que de alguna forma también es cómplice por omisión), queda responsabilizarnos el cuidar y proteger la existencia propia y ajena en cualquiera de las circunstancias que el ser humano se vea expuesto, buscar como medida de protección el vínculo familiar, así como encontrar el sentido positivo de la vida y estar conscientes de que esta es momentánea y, como tal, se tiene que vivir en paz y plenitud.

Referencias

- Agamben, G. (2003). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia, España: Pre-textos.
- Ardèvol, E. (1998). Por una antropología de la mirada: etnografía, representación y construcción de datos audiovisuales. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 2(LIII), 217-240.
- Arendt, H. (2003). *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Madrid, España: Editorial Lumen.
- _____. (2006). *Sobre la violencia*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Astorga, L. y Shirk, D. (2010). Drug Trafficking Organizations and Counter-Drug Strategies in the U.S.-Mexican Context. *Evolving Democracy*, 1-47.

- Bauman, Z. (2007). *Miedo líquido: la sociedad contemporánea y sus temores*. España: editorial Paidós.
- Beneduce, R. (2008). Etnografie della violenza. *Antropología*, 9(10), 6-38.
- _____ (2010). *Archeologia del trauma, Un'antropologia del sottosuolo*. Roma, Italia: Editori Laterza.
- Berlanga Gayón, M. (2015). El espectáculo de la violencia en el México actual: del feminicidio al juvenicidio. *Athenea Digital*, 4(15), 105-128. Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.5565> [Consultado el 28 de enero 2020].
- Butler, J. (2006). *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. México: Paidós.
- Carrera, N. (2018). La otra cara de lo sagrado: la Santa Muerte y los altares de la desesperación. En Carrera, N., Tappan, J. E. y González, J. *Los desafíos de México ante los discursos globales: violencia, política, subjetividad y psicoanálisis*. (pp. 27-34). México: Ediciones Navarra.
- Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH) (2016). *Informe Especial sobre Desaparición de Personas y Fosas Clandestinas en México*. Recuperado de: www.cndh.org.mx/sites/all/doc/Informes/Especiales/InformeEspecial_20170406_Resumen.pdf [Consultado el 26 de enero 2020].
- _____ (2019). *Informe especial sobre desaparición de personas y fosas clandestinas en México*. Recuperado de: <http://informe.cndh.org.mx/menu.aspx?id=30100> [Consultado el 13 de febrero 2020].
- D'Orsi, Di L. (2013). In Uruguay non poteva piovere. En Dei, F. y Di Pasquale, C. *Grammatiche della violenza. Esplorazioni etnografiche tra guerra e pace*. Roma, Italia: Pacini Editore.
- Dei, F. (2013). La grana sottile del male. La nuda vita e le etnografie della violenza. En Dei, F. y Di Pasquale, C. (Eds.). *Grammatiche della violenza. Esplorazioni etnografiche tra guerra e pace*. (pp. 9-39). Roma, Italia: Pacini Editore.
- Desjarlais, R. y Kleinman, A. (1994). Violence and Demoralization in the New World Disorder. *Anthropology Today*, 5(10), 9-12. doi: 10.2307/2783077.
- Douglas, M. (1970). *Natural Symbols. Explorations in Cosmology*. Torino, Italia: Routledge.
- Foucault, M. (2012). *El poder una bestia magnífica, sobre el poder, la prisión y la vida*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

- Freud, S. (1978). *Moisés y la religión monoteísta. Esquema del psicoanálisis y otras obras*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Galtung, J. (1996). La violencia: cultural, estructural y directa. *Cuadernos de Estrategia 183. Política y violencia: comprensión teórica y desarrollo en la acción colectiva*. (pp. 147-168). Recuperado de: <http://publicacionesoficiales.boe.es/> [Consultado el 13 de febrero 2020].
- García, J. F. (2015). *Control y autocontrol social*. Tlaxcala, México: Rosete Editores.
- Goffman, E. (2012). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Guillén, A., Torres, M. y Turati, M. (2018). El país de las dos mil fosas. *El Quinto Elemento*. Recuperado de: <https://quintoelab.org/project/el-pais-de-las-2-mil-fosas> [Consultado el 11 de febrero 2020].
- Hernández, M. (2017). Peña y Calderón suman 234 mil muertos y 2017 es oficialmente el año más violento en la historia reciente de México. *Periódico Síntesis de Guerrero*. Recuperado de: https://www.huffingtonpost.com.mx/2017/11/23/pena-y-calderon-suman-234mil-muertos-y-2017-es-oficialmente-el-ano-mas-violento-en-la-historia-reciente-de-mexico_a_23285694 [Consultado el 5 de febrero 2020].
- Imbert, G. (1992). *Los escenarios de la violencia*. España: Icaria.
- Informe sobre Desarrollo Humano para América Central (IDHAC) (2009). *Abrir espacios para la seguridad ciudadana y el desarrollo humano. Informe sobre Desarrollo Humano para América Central 2009-2010*. Recuperado de: www.undp.org/content/dam/rblac/docs/Research%20and%20Publications/Central_America_RHDR_2009-10_ES.pdf [Consultado el 5 de febrero 2020].
- Jean-Luc, N. (2009). *Indizi sul corpo*. Italia: Ananke.
- Le Breton, D. (2002a). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- _____. (2002b). *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Liuccio, M. (2003). *Alla ricerca del corpo perduto*. Roma, Italia: Gangemi.
- López-Pozos, C. (2018). El teatro terrorífico: estrategia de acoso del crimen organizado. *Visioni LatinoAmericane*, 18(X), 26-43. Recuperado de: <http://hdl.handle.net/10077/19657> doi 10.13137/2035-6633/19657 [Consultado el 3 de febrero 2020].

- Lotto, A. (2011). Deportate, esuli, profughe. *Rivista telematiche si studi sulla memoria femminile*, (16), 1-9.
- Martínez, S. (2011). *La piel como superficie simbólica procesos de transculturación en el arte contemporáneo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. España: Melusina.
- Nahoum-Grappe, V. (2002). The anthropology of extreme violence: the crime of desecration. *International Social Science Journal*, 174(54), 549-557. Recuperado de: <https://doi.org/10.1111/1468-2451.00409pdf> [Consultado el 23 de enero 2020].
- Natoli, S. (2004). *L'esperienza del dolore. Le forme del patire nella cultura occidentale*. Milano, Italia: Feltrinelli Editore.
- Osorio, E. (2018). Deambulan cadáveres en 2 tráileres por Jalisco. *Periódico Reforma*. Recuperado de: <http://www.reforma.com/aplicacioneslibre/preacceso/articulo/default.aspx?id=1493764&urlredirect=https://www.re> [Consultado el 8 de noviembre 2019].
- Patierno, N. (2016). “Cuerpo y naturaleza humana. Aproximaciones a la perspectiva de Hannah Arendt”. *Revista Internacional Interdisciplinar*, 2(13), 1-18.
- Pereyra, G. (2012). México: violencia criminal y guerra contra el narcotráfico. *Revista Mexicana de Sociología*, 3(74), 429-460.
- Pérez, M. E. (2014). Los sicarios en México y América Latina. Empleo y paradigma social. *Instituto de Estudios Latinoamericanos Universidad de Alcalá*, 1-30.
- Reguillo, R. (2007). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Colombia: Cargraphics, S.A.
- _____ (2012). De las violencias: caligrafía y gramática del horror. *Desacatos*, (40), 33-46.
- _____ (2015). La turbulencia en el paisaje: de jóvenes, necropolítica y 43 esperanzas. En Valenzuela, J. M. (2015). *Juvenicidio: Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina*. Barcelona, España: Ned Ediciones, Guadalajara-ITESO, Tijuana-El Colegio de la Frontera Norte.
- Rodríguez, O. (2016). Violent Mexico: Participatory and Multipolar Violence Associated with Organised Crime. *International Journal of Conflict and Violence*, 1(10), 41-60.
- Servicio Médico Forense (SEMEFO) (2019). *El terror en Tijuana: colapsó la morgue, hay cuerpos y miembros apilados en el suelo*. Recuperado de: www.infobae.com/

- america/mexico/2019/05/07/el-terror-en-tijuana-colapso-la-morgue-hay-cuerpos-y-miembro [Consultado el 11 de mayo 2020].
- Sicilia, J. (2017). La mezquindad de México. *Revista Proceso*. Recuperado de: www.proceso.com.mx/501397/la-mezquindad-mexico [Consultado el 11 de febrero 2020].
- Silva, A. (2006). La cultura de la violencia: la transgresión y el miedo de los adolescentes. *Fermentum Humanic*, 47(16), 664 -674.
- Sironi, F. (2001). *Persecutori e vittime. Strategie di violenza*. Milano, Italia: Feltrinelli Editore.
- Sistema Universitario Jesuita de México (2018). *Situación de fosas clandestinas en México*. Recuperado de: <http://www.cmdpdh.org/publicaciones-pdf/cmdpdh-situacion-de-fosas-clandestinas-en-mexico.pdf> [Consultado el 11 de enero 2020].
- Strickland, D. (2019). El rol de los jóvenes en la narcocracia mexicana. En Leyva Muñoz, O., Russo, J. y Gallardo Valente, E. (Coords) (2019). *Los jóvenes, ¿un mundo aparte? Educación, desempleo y violencia en el México contemporáneo*. México: Ediciones EON.
- Suárez-Orosco, M. (1991). The Heritage of Enduring a “Dirty War”: Psychosocial Aspects of Terror in Argentina, 1976-1988. *The Journal of Psychohistory*, 4(18), 469-505.
- Tranfaglia, N. (2008). *Mafia, política e affari*. Roma, Italia: Editori Laterza.
- United Nations Office on Drugs and Crime (UNODC) (2011). *World Drug Report*. Recuperado de: <https://www.unodc.org/unodc/en/data-and-analysis/WDR-2011.html> [Consultado el 11 de enero 2020].
- Valenzuela, J. M. (2012). *Sed de mal. Femicidio, jóvenes y exclusión social*. México: El Colegio de la Frontera Norte-Universidad Autónoma de Nuevo León.
- _____. (2015). *Juvenicidio: Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España*. Barcelona, España: Ned Ediciones, Guadalajara-ITESO, Tijuana-El Colegio de la Frontera Norte.
- Zaffaroni, E. R. (2007). Globalización y crimen organizado. *Primera Conferencia Mundial de Derecho Penal, organizada por la Asociación Internacional de Derecho Penal*. El derecho penal del siglo XXI, Guadalajara, México. Recuperado de: <http://www.penal.org/sites/default/files/files/Guadalajara-Zaffaroni.pdf> [Consultado el 19 de enero 2020].